

Yolanda Hipperdinger

Del lenguaje y la(s) lengua(s)
Cuestiones de adquisición lingüística



Colección *Estudios Sociales y Humanidades*

Hipperdinger, Yolanda

Del lenguaje y la(s) lengua(s): cuestiones de adquisición lingüística / Yolanda Hipperdinger.-
1a ed.- Bahía Blanca: Editorial de la Universidad Nacional del Sur. Ediuns, 2023.
196 p.; 23 x 17 cm.

ISBN 978-987-655-319-3

1. Lingüística. I. Título.
CDD 410.1



Editorial de la Universidad Nacional del Sur
Santiago del Estero 639 | B8000HZK Bahía Blanca | Argentina
www.ediuns.uns.edu.ar | ediuns@uns.edu.ar
Facebook: Ediuns | Twitter: EditorialUNS



Librería
Universitaria
Argentina



Red de Editoriales
de Universidades Nacionales
de la Argentina

No se permite la reproducción parcial o total, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes n° 11723 y 25446.

Queda hecho el depósito que establece la ley n° 11723
Bahía Blanca, Argentina, febrero de 2023.

© 2023. EdiUNS.

Se imprimieron 50 ejemplares

Índice

Prefacio	7
Tema 1 - Revisión historiográfica: convencionalismo y naturalismo en la lingüística occidental.....	9
Tema 2 - Constitución y etapas de la Psicolingüística.....	23
Tema 3 - Comunicación animal y comunicación humana.....	37
Tema 4 - Entre la “conducta verbal” y el “órgano” del lenguaje	55
Tema 5 - Entre el “determinismo lingüístico” y el “mentalés”	67
Tema 6 - Adquisición y aprendizaje (I)	85
Tema 7 - Adquisición y aprendizaje (II).....	97
Tema 8 - Exploraciones contemporáneas	113
Tema 9 - De la oralidad a la escritura (I)	125
Tema 10 - De la oralidad a la escritura (II).....	139
Tema 11 - Más de una lengua (I).....	149
Tema 12 - Más de una lengua (II)	165
Obras referidas	175

Prefacio

El presente libro contiene materiales didácticos elaborados en el marco de decisiones sobre selección temática y bibliográfica, implicadas en la responsabilidad del dictado, para el Seminario de Psicolingüística de la Universidad Nacional del Sur, espacio curricular de cursado obligatorio para el Profesorado en Letras y opcional para la Licenciatura en Letras de esa institución. El libro pretende presentar un panorama general de la problemática de la adquisición lingüística (única preseleccionada por los contenidos mínimos del plan de estudios), principalmente a partir de la confrontación de perspectivas diferentes.

La organización se desarrolla en Temas, secuenciados a partir de la presentación de la crucial distinción entre convencionalismo y naturalismo, que ha atravesado la historia de las reflexiones e investigaciones sobre el origen del lenguaje, así como de las que pueden considerarse “etapas” en la aproximación psicolingüística, para abarcar discusiones referidas a ese origen y, centralmente, a la ontogenia. Se abarcan también discusiones en torno de la adquisición del dominio de la lengua escrita, así como del de más de una lengua.

La exposición se intercala con extractos de textos seleccionados, a fin de multiplicar los puntos de vista a los que pueden acceder quienes hagan uso de estos materiales para acercarse a la temática discutida. Aunque en el marco del Seminario se hace lugar también a otras temáticas, lecturas y ejercitaciones, creemos que la compilación de materiales que aquí presentamos alcanza para procurar una visión de conjunto, tanto para los estudiantes para quienes se ha intencionado como, eventualmente, para otras personas interesadas en una primera y abarcativa aproximación a las cuestiones de que se trata.

Agradecemos, por último, la valiosa lectura del arbitraje académico al que el libro ha sido sometido por la Editorial, así como los avales otorgados por el Área de Lingüística y por el Departamento de Humanidades de la Universidad Nacional del Sur.

Dra. Yolanda Hipperdinger

Tema 1. Revisión historiográfica: convencionalismo y naturalismo en la lingüística occidental

Los inicios: la gramática tradicional

La primera formulación explícita que ha llegado hasta nosotros respecto de la controversia ideológica sobre el origen del lenguaje, fundamental para la lingüística, se contiene en uno de los más conocidos diálogos de Platón: *Cratilo o de la exactitud de los nombres* (ca. 360 a.C.).

En ese diálogo, Platón enfrenta las posiciones de Cratilo y Hermógenes, entre quienes se destaca (sobre todo, en conversación con el segundo) la intervención de Sócrates. El diálogo no se cierra de modo concluyente, por lo que su aporte principal consiste en el planteo y la discusión de posiciones antagónicas en relación con el origen del lenguaje, enfocando este problema desde la perspectiva de la relación (“natural” o arbitraria) entre los “nombres” (las palabras) y lo que refieren o significan:

- a) Cratilo sostiene que los “nombres” se ajustan a la “esencia” de lo nombrado: “cada uno de los seres tiene el nombre exacto por naturaleza”;
- b) Hermógenes, en cambio, entiende que el proceso de “nombrar” no se ve constreñido por nada “esencial” sino que se trata, exclusivamente, de un asunto de “pacto y consenso” entre las personas.

Hermógenes.- ¿Quieres, entonces, que hagamos participe a Sócrates de nuestra conversación?

Crátilo.- Si te parece bien...

Hermógenes.- Sócrates, aquí Crátilo afirma que cada uno de los seres tiene el nombre exacto por naturaleza. No que sea éste el nombre que imponen algunos llegando a un acuerdo para nombrar y asignándole una fracción de su propia lengua, sino que todos los hombres, tanto griegos como bárbaros, tienen la misma exactitud en sus nombres. [...] Pues bien, Sócrates, yo, pese a haber

dialogado a menudo con éste y con muchos otros, no soy capaz de crearme que la exactitud de un nombre sea otra cosa que pacto y consenso¹.

Laborda Gil, Xavier

2010 “Crátilo: diálogo con el mito platónico de la lingüística”, *Tonos. Revista Electrónica de Estudios Filológicos* XIX, s/p.

Disponible en <https://www.um.es/tonosdigital/znum19/secciones/estudios-14-crátilo.htm#:~:text=El%20di%C3%A1logo%20plat%C3%B3nico%20Cr%C3%A1tilo%20ocupa,como%20%C3%A1rbitro%20de%20la%20cuesti%C3%B3n>.

La discusión sobre el problema del origen del lenguaje —en el que se asienta buena parte de las decisiones que han dado lugar a diferentes perspectivas, enfoques y derivaciones en la historia de los estudios sobre el lenguaje— es, así, fundacional para los estudios lingüísticos occidentales.

El tratamiento de ese problema en la Antigüedad constituye el punto de partida del (extenso) primer período de la historia de los estudios occidentales del lenguaje que, en su ya clásica propuesta de periodización presentada en el libro del que extractamos el pasaje que sigue, John Lyons ha llamado gramática tradicional. Según ese autor, el período de la gramática tradicional se extiende hasta finales del siglo XVIII, cuando da inicio la filología comparativa. Este segundo período se extiende a su vez, en la periodización de Lyons, hasta el inicio del tercero —y último—: el de la lingüística moderna, iniciado con la publicación, en 1916, del *Cours de Linguistique Générale* de Ferdinand de Saussure.

Los filósofos griegos debatieron sobre si el lenguaje se debía a “naturaleza” o a “convención”. Esta oposición entre “naturaleza” y “convención” llegó a ser un lugar común en la especulación filosófica entre los griegos. Decir que una institución determinada era “natural” implicaba que tenía su origen en principios inmutables ajenos al hombre en sí mismo [...]; decir que era “convencional” implicaba, en cambio, que se trataba de un mero resultado de la usanza y la tradición (es decir, de algún acuerdo tácito, o “contrato social”, entre los miembros de la comunidad; un contrato que, desde el momento en que había sido hecho por hombres, podía ser roto por los hombres).

En las discusiones sobre el lenguaje, la distinción entre “naturaleza” y “convención” se encauzó principalmente sobre el problema de si había algún vínculo necesario entre el significado de una

ⁱ A lo largo de todo el libro, los extractos de obras citadas se ubican en recuadros, a cada uno de los cuales sigue la referencia bibliográfica correspondiente y la indicación de la(s) página(s) en la(s) que se ubica el extracto en la obra (en los casos de contribuciones sin paginación, como todas se encuentran disponibles en línea incluimos, en cambio, el enlace respectivo). En la sección final del libro (**Obras referidas**) se consignan los asientos bibliográficos de todas las obras citadas en esos extractos, además de los de las contribuciones a las que ellos remiten y algunas otras a las que hacemos referencia también en la exposición.

palabra y su forma. Los partidarios extremistas de la escuela naturalista, como Cratilo —cuyos puntos de vista describe Platón en su diálogo de este nombre—, sostenían que todas las palabras eran realmente apropiadas “por naturaleza” a las cosas que significaban. Aunque esto podía no parecer siempre evidente al lego, ellos dirían que podía ser demostrado por el filósofo capaz de captar la “realidad” que yace tras la apariencia de las cosas. Así nació la práctica consciente y deliberada de la etimología. [...] Poner al descubierto el origen de una palabra y con ello su “verdadero” significado equivalía a revelar una de las verdades de la naturaleza.

Se admitían varios caminos por los cuales la forma de una palabra podía hacerse “naturalmente” apropiada a su correspondiente significado [...] [pero e]l parentesco fundamental entre una palabra y su significado era el de “nombrar”, de modo que originariamente las palabras eran “imitaciones” de las cosas que nombraban. Las palabras onomatopéicas formaban [consequently] el núcleo del vocabulario.

Pero las palabras onomatopéicas son relativamente pocas. El origen “natural” de las otras se demostraba refiriéndolas a uno o más de sus sonidos constitutivos. Se sostenía que determinados sonidos sugerían, o “imitaban”, ciertas cualidades físicas o actividades, y se les clasificaba como “suaves”, “ásperos”, “líquidos”, “masculinos”, etc. [...] El término moderno para este tipo de parentesco entre los sonidos constitutivos de las palabras y su significado [...] es el de *simbolismo fónico*.

Después de tan amplia atención sobre la onomatopeya y el simbolismo fónico, los etimologistas griegos aún tenían muchas palabras que explicar. En este punto invocaron varios principios en virtud de los cuales las palabras podían haber derivado una de otra o estar relacionadas entre sí [...]. No entraremos aquí a considerar estos principios, excepto para mencionar que se clasificaban en dos tipos. Para el primero, el significado de una palabra podía ser ampliado bajo la acción de un nexo “natural” entre su aplicación primaria y otra secundaria: cf. la boca de un cañón, el *cuello* de una botella, etc. (Son ejemplos de *metáfora*, uno de los numerosos términos introducidos por los griegos, que ha pasado a las gramáticas tradicionales y a las obras de estilística.) Para el segundo, la forma de una palabra podía derivarse a partir de otra mediante adición, pérdida, sustitución y transposición de sonidos (admitiendo cierto vínculo “natural” entre los significados de las dos palabras).

Lyons, John

1971 *Introducción en la lingüística teórica*, trad. de Ramón Cerdá, Barcelona, Teide, págs. 4-6 (resaltado original).

En la lingüística occidental, las posiciones naturalistas y convencionalistas han venido disputándose la centralidad del espacio académico (y, muchas veces, alternándose en ella) hasta la actualidad.

La posición convencionalista ha marcado, por ejemplo, el inicio de la lingüística moderna: para Ferdinand de Saussure, el signo lingüístico (de carácter psíquico tanto en cuanto a su significado como en cuanto al significante, concebido como imagen acústica —i.e. no el “sonido material” sino su “huella psíquica”—) es una acuñación arbitraria: el “tesoro social” que es la lengua, según de Saussure, es el producto de un acuerdo (potencialmente mutable, aunque de mutación onerosa y, por lo tanto, selectiva y lenta), cuyo resultado (lo “atesorado”) es “depositado” en cada hablante por la transmisión tradicional. La posición convencionalista, así entendida, poco ha cambiado desde Platón: para un convencionalista, hasta hoy, el lenguaje es asunto de “pacto y consenso”.

Las posiciones naturalistas, en cambio, han variado extraordinariamente, como lo revisaremos y señalaremos en lo sucesivo. Sin embargo, se las puede identificar (y, a nuestros fines, agrupar) con facilidad, por la negativa: las posiciones naturalistas se reconocen porque no son convencionalistas.

Dentro del período que Lyons llama gramática tradicional, el naturalismo tuvo otras dos manifestaciones de importancia, además de la anteriormente comentada (y diferentes adicionalmente, como lo anticipamos, tanto entre sí como –y sobre todo– de la primera):

- a) algunas de las posiciones de la llamada filosofía escolástica del siglo XIII, por un lado, y
- b) las gramáticas generales de la Ilustración (siglos XVII y XVIII), por otro.

En el caso de los filósofos escolásticos, las posiciones que nos interesan se centraron en la relación entre los “modos de significar”, los “de conocer” y, en último término, los “de ser”, a partir de una confianza en las correspondencias entre ellos basada en la fe cristiana: si la posibilidad de acceder al “conocimiento verdadero” le había sido dada al hombre, su inteligencia habría de ser apta y su expresión naturalmente conveniente (como, en mayor detalle, puede apreciarse en los extractos que siguen).

El siglo XIII conoció un florecimiento de la erudición en todas sus ramas: fue el período de los grandes escolásticos, quienes, bajo la influencia de las obras recientemente accesibles de Aristóteles y de otros filósofos griegos, se propusieron reducir todas las ciencias —incluida la gramática— a una serie de proposiciones cuya veracidad pudiera ser demostrada terminantemente por deducción a partir de los primeros principios. Los filósofos escolásticos, como los estoicos, veían en el lenguaje una herramienta para analizar la estructura de la realidad. Fue, por consiguiente, la cuestión del significado, o de la “significación”, a lo que concedieron mayor importancia. Realmente, fueron tantas las obras realizadas bajo el título de “Los modos de significar” (*De modis significandi*), que con frecuencia se alude a los gramáticos de este período con la denominación colectiva de los “modistae”. Inspirados en los ideales escolásticos de la ciencia como búsqueda de las causas universales e invariables, intentaron deliberadamente derivar las categorías de la gramática de las categorías de la lógica, la epistemología y la metafísica; o mejor, las categorías de estas cuatro ciencias de los mismos principios generales. [...]

La labor de la gramática científica, o “especulativa”, se orientó hacia el descubrimiento de los principios en virtud de los cuales la palabra, como “signo”, se relacionaba por un lado con el intelecto humano y por otro con la cosa que representaba o “significaba”. Se supuso que esos principios eran constantes y universales. ¿De qué otro modo podía el lenguaje ser el vehículo del verdadero conocimiento? Según los gramáticos especulativos, la palabra no representa directamente la naturaleza de la cosa que significa, sino que la representa como existente de alguna manera particular o “modo” —como una substancia, una acción, una cualidad, etc.— y lo hace adoptando las formas de la parte del discurso apropiada.

La gramática se convirtió así en una teoría filosófica de las partes del discurso y sus característicos “modos de significar”. (El término “especulativo” tiene un valor específico [...] [por cuanto supone que] el lenguaje es como un “espejo”, el *speculum* latino, que proporciona una

“reflexión” de la “realidad” subyacente a los “fenómenos” del mundo físico. Los estoicos habían empleado la misma metáfora.)

[...] Ellos estaban mucho más dispuestos que nosotros a admitir que los modos de significar coincidían necesariamente con los modos de “ser” y de “conocer”. [...] Con frecuencia se aducen declaraciones como las siguientes para tacharlas de indiscutiblemente absurdas: “La gramática es substancialmente la misma en todas las lenguas, aunque pueda llegar a variar accidentalmente”; “quienquiera que conozca la gramática de una lengua conoce también la de otra en lo que atañe a su substancia. Si no puede, con todo, hablar otra lengua o entender a los que la hablan, es por la diferencia de las palabras y sus formaciones, hecho accidental a la gramática”. La primera tesis se debe a Roger Bacon (1214-94) y la segunda a un erudito anónimo del mismo período. Nos sentimos tentados a rechazar estas afirmaciones sobre la base de nuestra experiencia en lenguas extranjeras [...] y tendemos a atribuir los puntos de vista escolásticos sobre la universalidad de la gramática a la posición absoluta que ocupaba el latín a través de la Edad Media [...]. Pero la concepción escolástica del lenguaje no fue abandonada en el Renacimiento con el nuevo interés por las lenguas vernáculas y su cultivo literario. Todo el significado de la ideología escolástica [...] puede reducirse a esto: todas las lenguas tienen palabras para los mismos conceptos y todas las lenguas presentan las mismas partes del discurso y demás categorías gramaticales en general.

Lyons, John

1971 *Introducción en la lingüística teórica*, trad. de Ramón Cerdá, Barcelona, Teide, págs. 14-16.

En el siglo XVII, la perspectiva racionalista (cuyo exponente más señero fue René Descartes) lideró las discusiones que relacionaron estrechamente —otra vez, pero esta vez solamente— la gramática y la gnoseología. A partir de la celebrada *Grammaire générale et raisonnée* de Claude Lancelot y Antoine Arnauld (1660) se publicaron diversas “gramáticas generales”, obras que defendieron la universalidad, ahora, de la organización oracional: desde esta perspectiva (desarrollada en los extractos que siguen), si la lengua está destinada a representar el pensamiento lógico, universal por basarse en la misma y unitaria razón humana, la gramática, basada en la lógica, será igualmente universal (“general”).

Después de redactar diversas gramáticas (griega, latina, española), un profesor de las “Petites Écoles” de Port-Royal des Champs, Claude Lancelot, escribió en 1660, en colaboración con Antoine Arnauld, una *Gramática general y razonada*, después llamada con frecuencia *Gramática de Port-Royal*. La *gramática general* se propone enunciar ciertos principios a que obedecen todas las lenguas y que ofrecen una explicación profunda de sus usos; se trata, pues, de definir *el lenguaje* del cual las lenguas particulares son casos particulares. El ejemplo de Port-Royal fue seguido por gran número de gramáticos, sobre todo franceses, del siglo XVIII [...].

Si todas las lenguas tienen un fundamento común, es porque todas tienen por objeto permitir a los hombres “significar”, hacer conocer unos a otros sus pensamientos. Ahora bien, Lancelot y Arnauld admiten implícitamente —y ciertos gramáticos posteriores, como Beauzée, afirman explícitamente— que la comunicación del pensamiento por el habla exige que esta última sea una especie de “cuadro”, de “imitación” del pensamiento. Cuando dicen que la lengua tiene por función la *representación* del pensamiento, esta palabra debe tomarse en su sentido más fuerte. [...]

Para los autores de las gramáticas generales, no se trata de buscar en la materialidad de la palabra una imitación de la cosa o de la idea [...]. Para ellos, únicamente la organización de las palabras en el enunciado tiene poder representativo. Pero ¿cómo es posible que precisamente un conjunto de palabras separadas pueda representar un pensamiento cuya característica primordial es la “indivisibilidad”? [...] [E]xiste un análisis del pensamiento que, aun descomponiéndolo, respeta su unidad: es el análisis operado por los lógicos. [...] Por consiguiente, el habla permitirá que se transparente la indivisibilidad del acto intelectual siempre que el fraccionamiento en palabras reproduzca el análisis lógico del pensamiento. Por eso, “el arte de analizar el pensamiento es el primer fundamento del arte de la gramática” (Beauzée).

Así, de la idea de que el lenguaje es representación se pasa a la idea de que es representación del pensamiento lógico. Al propio tiempo, se comprende que pueda existir una gramática “general” del lenguaje: puesto que en esa época casi no existen dudas de que la lógica sea universal, parece natural que haya principios, igualmente universales, que todas las lenguas deben acatar cuando se esfuerzan por hacer visibles, a través de las exigencias de la comunicación escrita u oral, la estructura del pensamiento lógico. También se comprende que el conocimiento de esos principios pueda obtenerse de manera “razonada” ([esto es, deductiva] y no inductiva), a partir de una reflexión sobre las operaciones lógicas del espíritu y sobre las necesidades de la comunicación. Por último, se explica que esta gramática general y razonada pueda dar razón de los usos observados en las diferentes lenguas: se trata, pues, de “aplicar a los principios inmutables y generales de la palabra pronunciada o escrita las instituciones arbitrarias y usuales” de las lenguas particulares.

[...] Una figura de retórica se concibe en la época como un modo de hablar artificial e impropio, que *reemplaza* voluntariamente, por razones de elegancia o de expresividad, un modo de hablar natural que *debe restablecerse* para que la significación de la frase sea entendida. Según las gramáticas generales, tales *figuras* se encuentran no sólo en la literatura, sino también en la lengua misma: provienen del hecho de que la lengua, primitivamente destinada a representar el pensamiento lógico, está puesta al servicio de las pasiones. [...] La existencia de figuras, lejos de contradecir los principios generales, más bien los confirman; no reemplazan las reglas: se superponen a ellas.

Ducrot, Oswald y Tzvetan Todorov

1986 *Diccionario enciclopédico de las ciencias del lenguaje*, 12ª. ed., México, Siglo XXI, págs. 17-20 (resaltado original).

Como ha podido apreciarse, tanto en los dos últimos casos referidos como en la posición de Cratilo, las lenguas humanas son como son por razones independientes de la decisión y la acción de los hablantes: son como son naturalmente, no por convención, institución, pacto ni consenso. Puede tratarse del vínculo entre las palabras y las cosas o de la relación entre el juicio lógico y la oración gramatical, así como puede recurrirse argumentativamente a la mimesis fónica o a las propiedades atribuidas a la razón humana —*per se* o iluminada por la divina—: lo constante en todas las posiciones naturalistas es la convicción de que las lenguas no son como son por voluntad de sus hablantes ni, consiguientemente, pueden cambiarse a voluntad (por lo menos, no más allá de ciertos límites, restrictivos e igualmente naturales).

Frente a esa convicción, la visión convencionalista del lenguaje lo conceptualiza como el producto de una necesidad social: la de colaboración y comunicación. Las lenguas humanas son como son, desde esta perspectiva, por convención, institución, “pacto y consenso”. De hecho, el normativismo que acompañó desde la Antigüedad a los estudios del lenguaje, con su confianza en la posibilidad de intervención sobre las lenguas, ha sido en general (aunque no siempre esa posición se haya explicitado) de inspiración convencionalista: los acuerdos, que sí dependen de la voluntad de los hablantes, pueden (re)hacerse sin límites.

La filología comparativa (y las “mitades” del siglo XIX)

Según Lyons (1971)ⁱⁱ, el período tradicional en la evolución que traza de los estudios del lenguaje concluye con un hecho que precipita la autonomización del interés lingüístico, esto es, su separación tanto de la filosofía como de los objetivos normativistas: lo que suele llamarse el *descubrimiento*, para la reflexión metalingüística occidental, del sánscrito.

En 1786 un juez inglés, sir William Jones, de servicio en el Tribunal Supremo de Calcuta, hizo un descubrimiento extraordinario. Orientalista aficionado antes de iniciar sus estudios de Derecho, desde su llegada a Calcuta en 1783 había reanudado su estudio del sánscrito, la lengua de los textos literarios y religiosos más antiguos de la India, muchos de ellos del siglo IV al VI d.C., cuando el sánscrito había dejado de ser una lengua hablada para convertirse meramente en una lengua académica y culta, como el latín en Occidente durante el Renacimiento.

En su “Discurso con ocasión del tercer aniversario” pronunciado en la Sociedad Asiática de Bengala, hizo una breve referencia a algo que él había observado y que puede considerarse el punto de partida de todos los estudios de lingüística histórica, y especialmente de los indoeuropeos:

La lengua sánscrita, sea cual fuere su antigüedad, posee una estructura maravillosa, más perfecta que el griego, más rica que el latín, y más exquisitamente refinada que ambos, pero mantiene al mismo tiempo con ambas lenguas, tanto por lo que se refiere a las raíces de los verbos como a las formas gramaticales, una afinidad más fuerte que la que se hubiera podido quizá producir por

ⁱⁱ Solo referimos en el texto una cierta obra de este modo elíptico si la referencia bibliográfica correspondiente ya ha sido ofrecida previamente o se consigna inmeditamente a continuación. De cualquier modo, todos los asientos bibliográficos se consignan en la sección final del libro (**Obras referidas**).

mero accidente. Tan fuerte que ningún filólogo podría analizar las tres lenguas sin llegar a la convicción de que proceden de una misma fuente, que quizá ya no exista.

Renfrew, Colin

1990 *Arqueología y lenguaje. La cuestión de los orígenes indoeuropeos*, trad. de María José Aubet, Barcelona, Crítica, pág. 17.

Ese descubrimiento del sánscrito tuvo una gran repercusión en el ámbito científico europeo de la época, permeado ya por difundidas ideas, precursoras del Romanticismo —como, principalmente, las de Johann Gottfried Herder—, que predisponían a reconocer la diversidad en los fenómenos culturales y lingüísticos frente a la decidida tendencia universalista de la Ilustración, y a buscar su causa ya no en invariantes sino, por el contrario, en las peculiaridades históricas, situadas y contextualizadas: “hacia finales del siglo XVIII se desencadenó un general descontento frente a las argumentaciones *a priori* y llamadas ‘lógicas’, y una predilección por el razonamiento histórico” (Lyons 1971: 23).

El aporte de Sir William Jones fructificó prontamente en la obra, de importancia crucial para la evolución de los estudios lingüísticos, de Franz Bopp, considerado el “padre” de la filología comparativa. Bopp no se limitó a comparar el sánscrito con el griego y el latín, y sobre todo su obra *Über das Conjugationssystem der Sanscritsprache in Vergleichung mit jenem der griechischen, lateinischen, persischen und germanischen Sprache* (1816) tuvo un valor modélico para numerosos impulsores del comparatismo.

Sobre la base de ese éxito y de las múltiples investigaciones que procuraron replicarlo, la tendencia que historiográficamente da unidad al conjunto de las indagaciones lingüísticas occidentales del siglo XIX quedó asociada al impulso historicista: los estudiosos del siglo XIX se dedicaron, básicamente, a la comparación entre lenguas mediante la identificación, en el caso de detectarse formas cognadas, de las genealógicamente precedentes —lo cual abarcó incluso, en ausencia de testimonios disponibles, la hipotetización de protoformas—, con el objetivo común de reconstruir la génesis de la diversificación de las lenguas del mundo, incluyendo la reconstrucción de lenguas no testimoniadas (y aun —con un optimismo que tardó mucho en perderse— la de una supuesta “lengua primigenia” u “original”).

La “mitad romántica” del siglo XIX se ocupó del pasado de las lenguas, enfocando las relaciones genealógicas que les dieron origen. En la inspiración ideológica de esos esfuerzos, y sobre todo en el ámbito germánico —en el que se desarrollaron principalmente—, fue de importancia excepcional la figura de Wilhelm von Humboldt,

que por su conceptualización del lenguaje y las lenguas constituyó el nexo entre el universalismo iluminista y el particularismo romántico.

Wilhelm von Humboldt reivindicaba simultáneamente la universalidad de lo que llamó la facultad del lenguaje y el carácter de cada lengua, que consideró único por resultar del ejercicio creativo de cada pueblo o nación. Desde su óptica, por ello, cada lengua es una manifestación de una misma facultad universal, pero una manifestación peculiar e irrepetible.

- a) En el primero de los sentidos referidos, Noam Chomsky ha señalado a von Humboldt como un autor de influjo privilegiado sobre su propio pensamiento, como se verá más adelante.
- b) En el segundo sentido apuntado, von Humboldt es considerado un pionero del relativismo lingüístico, sobre el que volveremos también más adelante y se transparenta en los extractos consignados a continuación (que no siguen el orden del texto original): para von Humboldt, cada pueblo o nación genera su lengua propia, que se ajusta a sus experiencias y las encapsula; cumplido ese proceso, la transmisión intergeneracional de la lengua actúa sobre el pensamiento de las nuevas generaciones: vemos el mundo tal como ha quedado “representado” en la lengua que heredamos.

[...] [S]iempre se hallará en todas las lenguas, además de su aptitud general para ser órgano de nuestros pensamientos, un lado distintivo que las vuelve particularmente caras[, cada una] a la nación que la habla.
Todo lo que entra en el orden de las cosas reales debe obedecer a leyes invariables. El pensamiento, encadenado a la palabra, debe seguir estas mismas leyes y en cuanto el hombre ha fijado algunas palabras de su lengua, ella empieza a dominarlo, impidiéndole apartarse de la dirección que él ha tomado.
[...] [E]l mundo en que vivimos es, pues, exactamente aquel al que nos trasplanta el idioma que hablamos.
Humboldt, Wilhelm von 1989 [1812] “Ensayo sobre las lenguas del nuevo continente”, trad. de Justo Gárate, en: Alonso-Cortés, Ángel (ed.), <i>Lecturas de lingüística</i> , Madrid, Cátedra, págs. 70 (primer extracto) y 67 (segundo y tercer extracto).

A pesar de su “determinismo lingüístico”, esa posición romántica puede considerarse convencionalista: el pensamiento queda “encadenado” a las palabras cuando se las fija, pero tanto esa misma fijación como la transmisión posterior son asunto de “pacto y consenso”. El desarrollo de esos estudios histórico-lingüísticos de matriz romántica constituyó lo que se suele llamar el primer comparatismo, en el que sobresalieron también los trabajos de otros autores, como Friedrich von Schlegel y Jakob Grimm.

Apenas pasada la mitad del siglo XIX, no obstante, la ciencia se vio conmocionada hasta sus cimientos con la publicación de un libro de impacto sin par: *On the Origin of Species by Means of Natural Selection* (1859), de Charles Darwin. Por influjo del nuevo mecanicismo biológico, los estudios histórico-lingüísticos se centraron en reconstruir los modos en que se produjo la evolución de cada antecesor lingüístico a sus lenguas descendientes, postulando para ello leyes evolutivas (en particular, las famosas “leyes fonéticas”). Esas concepciones caracterizaron el llamado segundo comparatismo, en el que se destacaron autores como August Schleicher y Karl Verner.

Los principales representantes de esta nueva manera de proceder fueron los jóvenes estudiosos reunidos inicialmente en Leipzig bajo la denominación (inicialmente, también, “externa” y despectiva) de *Junggrammatiker* (esto es, ‘jóvenes gramáticos’), traducida al español como *neogramáticos*.

Una obra de importancia señera en ese marco fue la de Hermann Osthoff y Karl Brugmann, *Morphologische Untersuchungen auf dem Gebiete der indogermanischen Sprachen* (1878). Schleicher había postulado que los cambios lingüísticos tenían la regularidad y generalidad de las leyes naturales; Osthoff y Brugmann agregaron que las leyes relativas a los cambios lingüísticos operan “sin excepción”, y Osthoff enfatizó que los cambios se producen por “necesidad ciega e inexorable”.

Si bien los neogramáticos recurrieron a la psicología —según se la entendía en la época— para explicar las irregularidades, producidas a su criterio o bien por analogía o bien por contacto lingüístico (préstamo), lo central (lo regular) dependía desde esta óptica de estas leyes, equiparadas a leyes físicas, de las que los hablantes no son agentes.

La postulación de una necesidad natural “ciega e inexorable” constituye una forma de naturalismo (aunque muy diferente de las que la precedieron), y la última de relevancia antes del surgimiento de la lingüística moderna.

La lingüística moderna

Si hay un hito insoslayable en cualquier revisión historiográfica relativa al desenvolvimiento de la lingüística como disciplina, ese hito es la publicación, a principios del siglo XX, de una obra tan extraordinariamente influyente como atípica en su elaboración: el *Cours de Linguistique Générale* (1916) de Ferdinand de Saussure.

Como es sabido, el libro, publicado póstumamente, fue el producto del trabajo de recopilación y organización que realizaron Charles Bally y Albert Sechehaye de las notas de clase de varios de los estudiantes que asistieron al curso que, sobre lingüística general, dictó de Saussure en la Université de Genève en tres oportunidades consecutivas (1906-1907, 1908-1909, 1910-1911).

El éxito de la obra fue inmediato y su influencia fue decisiva para la circunscripción del campo de la lingüística y su consagración como disciplina científica, según las exigencias positivistas de la época: para ser considerada una ciencia según los criterios por entonces dominantes, la lingüística debía poder reclamar un objeto de estudio que le fuese exclusivo, y lo alcanzó de la mano del *Cours de Linguistique Générale*. Ese objeto propio, según la exitosa propuesta saussureana, fue la *lengua (langue)*: un objeto estrictamente delimitable, a diferencia del “multiforme y heteróclito” *lenguaje (langage)*.

¿Y cómo definió de Saussure la lengua? Pues bien: como ya lo adelantamos, lo hizo de un modo convencionalista.

Para nosotros, la lengua no se confunde con el lenguaje: la lengua no es más que una determinada parte del lenguaje, aunque esencial. Es a la vez un producto social de la facultad del lenguaje y un conjunto de convenciones necesarias adoptadas por el cuerpo social para permitir el ejercicio de esa facultad en los individuos.
--

[...] [L]a facultad –natural o no– de articular palabras no se ejerce más que con la ayuda del instrumento creado y suministrado por la colectividad [...].

Saussure, Ferdinand de 1979 [1916] <i>Curso de Lingüística General</i> , trad. de Amado Alonso, Buenos Aires, Losada, págs. 51 (primer extracto) y 53 (segundo extracto).
--

La centralidad de la comunicación en la definición del objeto de estudio de la lingüística según de Saussure lo llevó a considerar a esta ciencia parte de la “ciencia de los signos en el seno de la vida social”, o semiología.

Acabamos de ver que la lengua es una institución social, pero se diferencia por muchos rasgos de las otras instituciones políticas, jurídicas, etc. Para comprender su naturaleza peculiar hay que hacer intervenir un nuevo orden de hechos.

La lengua es un sistema de signos que expresan ideas, y por eso comparable a la escritura, al alfabeto de los sordomudos, a los ritos simbólicos, a las formas de cortesía, a las señales militares, etc. etc. Sólo que es el más importante de todos esos sistemas.
--

Se puede, pues, concebir <i>una ciencia que estudie la vida de los signos en el seno de la vida social</i> . Tal ciencia sería parte de la psicología social, y por consiguiente de la psicología general. Nosotros la llamaremos <i>semiología</i> [...]. Ella nos enseñará en qué consisten los signos y cuáles son las leyes que los gobiernan. Puesto que todavía no existe, no se puede decir qué es lo que ella será; pero tiene derecho a la existencia, y su lugar está determinado de antemano. La lingüística no es más que una parte de esta ciencia general.
--

Saussure, Ferdinand de 1979 [1916] <i>Curso de Lingüística General</i> , trad. de Amado Alonso, Buenos Aires, Losada, pág. 60.

El estructuralismo iniciado con la publicación del *Cours de Linguistique Générale* se desarrolló por múltiples vías, pero, en todos los casos, dando prioridad a la sincronía (frente al general interés por la diacronía de la filología comparativa), como consecuencia de entender la lengua no como colección de elementos sino como sistema.

Una particular vertiente del estructuralismo, de surgimiento independiente y especial conexión con un enfoque de la psicología (el conductismo), tuvo lugar en Estados Unidos, con Edward Sapir y Leonard Bloomfield como representantes más destacados (e importantes diferencias entre sí).

De esa vertiente, de gran relevancia entre las décadas de 1920 y 1950, nos ocuparemos en mayor detalle más adelante. Por el momento, y para el “mapa” general que estamos trazando, alcanza con destacar que la filiación del estructuralismo norteamericano con el conductismo tuvo, entre sus derivaciones principales, la adhesión a una concepción del proceso de adquisición lingüística basada en las nociones de estímulo, respuesta y refuerzo: las conductas verbales que llegan a establecerse como tales son aquellas respuestas que han recibido refuerzo social positivo. La lengua misma es vista como un conjunto de estas conductas: Charles Hockett (discípulo de Bloomfield) la definió como un complejo sistema de hábitos.

El segundo gran “cambio de rumbo” en los estudios sobre el lenguaje del siglo XX se constituyó en confrontación abierta con el estructuralismo norteamericano, y en especial con este último modo de concebir la lengua y su adquisición: nos referimos a la llamada “revolución chomskyana”.

Tanto en la psicología como en la lingüística surgieron, a mediados de la década de 1950, visiones alternativas a la del conductismo que rápidamente cobraron fuerza: la lingüística generativa y la psicología cognitiva (en estrecha relación). También a esto nos referiremos más extensamente en adelante, por lo que por ahora basta con un escueto esbozo de comparación:

- a) si la psicología conductista concebía al individuo como un ser responsivo, cuyas conductas resultaban modeladas por su inhibición o “premio” sociales (refuerzo negativo y positivo, respectivamente), y el estructuralismo podía asumir esa concepción por entender la lengua como un instrumento social de comunicación, externo a los individuos,
- b) la psicología cognitiva reivindicará la capacidad decisoria del individuo y su creatividad, rechazando el “determinismo ambiental”, y el generativismo impul-

sado por Noam Chomsky entenderá la lengua como conocimiento (*competence*), interno a los individuos.

A mediados del siglo XX, en el marco de la denominada “revolución cognitiva”, los trabajos de Noam Chomsky producen un cambio fundamental y de gran alcance en la concepción de la lingüística y de su objeto de investigación; se trató de un desplazamiento del estudio de los fenómenos observables, las manifestaciones del lenguaje (lengua-E), a las estructuras mentales y los mecanismos internos que posibilitan su producción. Sus primeras hipótesis fueron difundidas con la publicación del libro *Estructuras Sintácticas* en 1957 y el modelo teórico propuesto se denominó Gramática Generativa (GG). [...] El supuesto básico es que el lenguaje es una capacidad cognitiva producto de la programación genética de la especie y que su desarrollo es posible en interacción con estímulos apropiados, es decir, la lengua particular hablada en el entorno del niño. [...] En este enfoque, la Facultad del Lenguaje (FACLE) es entonces un “órgano mental”, un módulo que forma parte de una estructura mayor, un sub-sistema de un sistema más complejo. La FACLE sería un componente de la mente/cerebro que interactúa con otros componentes. Expuesta a los estímulos adecuados se desarrolla, cambia de estado y adopta la forma de una lengua-I, una gramática mental, una lengua natural *interna* —una estructura de la mente—, *individual* —un estado mental de un individuo—, e *intensional* —un mecanismo finito con una producción potencial infinita.

[...] [L]a creatividad lingüística, que se manifiesta en la productividad potencialmente infinita de expresiones, no puede explicarse a partir de la pobreza de los estímulos; la misma noción de “infinitud” no tiene correlato en el medio empírico que nos circunda; sin embargo, los niños, desde temprana edad, saben que es posible construir infinitas expresiones, y de hecho existen además juegos infantiles con el lenguaje que así lo demuestran.

Para poder explicar estas cuestiones básicas del lenguaje humano es necesario suponer que la FACLE es un sistema biológico específico de la mente de los individuos. En síntesis, sólo una concepción internista y naturalista de las capacidades mentales puede dar razón de la adquisición de estructuras ricas y complejas a pesar de la insuficiencia del ambiente.

Desde esta perspectiva, los problemas clásicos del lenguaje son investigados de modo similar a como se estudia cualquier aspecto de la naturaleza biológica del ser humano.

García, Leonardo, Rosana Pascual y Daniel Romero
2013 “Biolingüística (Gramática Generativa)”, en: Pascual, Rosana y Daniel Romero (eds.), *Lenguaje y comunicación: introducción a los principales problemas y perspectivas teóricas*, Buenos Aires, Nueva Librería, págs. 1-3 (resaltado original).

Huelga decir que la lingüística generativa representa una visión naturalista, no convencionalista, del lenguaje: en este caso, otra vez filiada en las ciencias naturales, pero (a diferencia del naturalismo de finales del siglo XIX al que nos hemos referido anteriormente) para poner en primer plano la agentividad (la creatividad, la “libertad”) de los hablantes.

Desde la perspectiva “internista” y “naturalista” que la lingüística generativa encarna, “[l]os temas centrales que guían la investigación son sustancialmente los mismos que se plantea un biólogo cuando aborda el estudio de un órgano del cuerpo, como por ejemplo el sistema visual o el circulatorio” (García, Pascual y Romero 2013: 3).

Por lo mismo, para Chomsky la lingüística, que estudia un tipo particular de conocimiento (el conocimiento lingüístico), forma parte de la psicología cognitiva, que forma parte de su vez de la biología.

Volveremos extensamente sobre estos asuntos, en particular en relación con las manifestaciones, conflictos y combinaciones actuales de las visiones naturalista y convencionalista. Para darles marco, la revisión histórica que aquí concluimos pretendió mostrar:

- a) el vaivén y la tensión constantes, en los estudios occidentales sobre el lenguaje, entre una posición consistentemente convencionalista y otra que entiende que lo que importa del lenguaje no puede definirse como un producto de los requerimientos comunicativos ni de los acuerdos sociales, y
- b) el hecho (no explícito en la presentación, pero inferible) de que se trata, en general (y, contemporáneamente, siempre) de una diferencia de relevancia comparativa; ello puede verse muy claramente en la controversia entre el estructuralismo norteamericano, de filiación conductista, y la lingüística generativa, de filiación cognitiva: el primero asume alguna contribución necesaria de la “naturaleza” (la capacidad de reconocer estímulos, por ejemplo, o la sensibilidad al refuerzo), así como la segunda asume la necesidad de una experiencia social para el desarrollo de la potencialidad natural. Pero la cuestión crucial no pasa por eso, sino por cuál es la condición suficiente. De tales discusiones tratará, principalmente, este libro.